

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVIII. MADRID 19 MARZO 1898. NÚM. 12

EL MOTÍN

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza del Dos de Mayo, 4, segundo.

PROYECTOS

Hace tiempo que EL MOTÍN me resulta chico; de tamaño, que en lo demás está á la altura del más grande y mejor. (¿Quién alaba á la novia?)

Y vengo pensando en agrandarlo, no unos cuantos centímetros, para hacer que haga, si no muchos, poniéndole al tamaño de EL IMPARCIAL, por lo menos.

Y ya lo hubiera realizado, si los malditos números fueran menos inflexibles. Todo va bien, hasta que los consulto. «Introduciré esta reforma, y la otra, y la de más allá; y podré combatir á la reacción más duramente; y haré del folletín un ariete revolucionario; é insertaré los escritos de escritores buenos que no encuentren sitio en otro periódico; y los perseguidos se defenderán y atacarán aquí; y los jóvenes ansiosos de darse á conocer tendrán un órgano; y todo el que sienta deseos de protestar política, literaria ó socialmente, hallará dónde.»

Todo esto me digo; pero al consultar los números, me quedo perplejo, y me pregunto: «¿responderán los republicanos á este esfuerzo que intento, dándoles á cinco céntimos un periódico que no tenga, como hasta aquí, más entradas que las directas, que no tome un céntimo por anuncios, y que no sacrifique una verdad á diez mil suscripciones?» Y francamente, no sé que contestarme.

Seguiré peleándome á brazo partido con los números hasta ver si consigo convencerlos; y si lo consiguiera, haría la reforma que proyecto allá por el 10 de Abril, fecha en que se fundó EL MOTÍN hace 17 años: Y estaría resuelta la cuestión, sólo con que cada uno de los que hoy lo compran sedujese á un amigo (seducción de á cinco céntimos por semana), para que adquiriera el periódico más independiente y menos utilitario que se ha fundado en España.

Y basta que lo diga

SU PAPÁ.

SOBRE ELECCIONES

El retraimiento

Indudablemente, ese es uno de los caminos por donde se puede llegar á la República. Los que lo preconizan, alabanzas merecen.

Pero es necesario no contentarse con presentarlo como el más recto, sino avanzar por él.

El retraimiento, ó es una palabra vana, ó

una letra de cambio girada á tal plazo. Si llega el vencimiento y no se paga, viene el pretexto.

Por eso, antes de consentir que se ponga en circulación, debe contarse con fondos ó con la seguridad de obtenerlos.

Pero aun en este caso, no habría razón para dejar de emprender otra clase de operaciones que pudieran contribuir al resultado, ó que, por lo menos, no lo dificultaran.

Y hay que decirlo: el nombramiento de diputados maldita la influencia que ejercería en contra de un acto de fuerza, si los llamados á realizarlo estaban decididos y contaban con los elementos suficientes.

En 1869 y 1873, los que se sublevaron habían acabado de emitir su voto; y muchos de los elegidos por ellos se pusieron á su frente.

Y vaya, hablemos claro de una vez: los diputados no han hecho lo que debían; esto es indiscutible. ¿Pero y nosotros? Y no vale, puesta la cuestión en este terreno, disculparnos con que estamos solos, como los gallegos del cuento. De tal modo nos conducimos, que ya las faltas son comunes, y las responsabilidades, por lo tanto.

Reconozcamos noblemente nuestros errores, ó demos los actos enérgicos que somos lo que decimos. De lo contrario, vamos á caer... silbados.

El voto y el fusil

Todo aquel republicano que crea honradamente que la mano con que deposita la papeleta en la urna electoral queda inutilizada para empuñar el fusil cuando se presente la ocasión, debe abstenerse de votar.

Pero el que esté seguro de que su mano ha de seguir, después de echar la papeleta, los impulsos de su voluntad, y de que su conciencia de republicano no ha de aconsejarle que prescinda del fusil por haber utilizado el voto, ese puede darlo, sin preocuparse de si el acto es poco revolucionario.

Y más aún: debe hacerlo, para tener perfecto derecho mañana á imponerse con el fusil á los que le hayan traicionado el voto no haciendo labor revolucionaria en el Congreso, ya que para eso se lo piden y ya que su deber es ese. Otra cosa sería, si el que emitiera el voto quedara moral y materialmente privado del derecho de empuñar el fusil, ó viceversa. ¿Pero como no es así!...

Trataba una mujer de que su marido se hiciera cofrade de no sé qué; el marido, que era poco creyente, se resistía, ella apretaba, y él, en un arranque homérico, le dijo, para convencerla de que era imposible; «¡antes cornudo!» Y su conyuge, terca como mujer, y humilde como católica, le contestó con sorna sospechosa: «Pues hazte cofrade, hijo, porque no quita lo cofrade á lo cornudo.»

No me parece que en este caso huelga recordar el cuentecillo.

¿Qué empece (seamos puristas), el votar, para andar después á tiros si el caso llega?

Torpeza inconcebible.

Presentan los silvelistas dos candidatos por Madrid; alguien, sea quien fuere, le opone dos generales, el uno Borrero, enemigo declarado de Martínez Campos, sostén de la restauración; el otro Segura, sin filiación política determinada, pero héroe en Cuba.

Y nosotros, que nos hemos llevado 25 años adulando al ejército, que si no hemos pasado á la historia ha sido porque él se ha sublevado dos veces en ese tiempo, y que sabemos que sin él nada conseguiremos, nosotros combatimos esa candidatura por todos los medios y hasta le ponemos en frente otra, cual si estuviéramos directamente interesados en el triunfo del ban-

do más reaccionario de España, ó en ayudar indirectamente al gobierno.

Estoy encantado de nuestro sentido político... El día que triunfemos, merced á la ayuda de Pidal y Silvela, vamos á asombrar al mundo con los prodigiosos diplomáticos que repartiremos por las Cortes de todos los continentes. ¡Mal año para los Bismarks de entonces! Dentro de 5000 ó 6000 años, por supuesto.

¡Qué ceguera tan lamentable! ¡Qué intransigencia tan infecunda! Los que, guiados por nuestros preclaros jefes fuimos ¡vergüenza da recordarlo! del brazo de los carlistas á unas elecciones para derrotar á un gobierno de la revolución, combatimos hoy la candidatura de dos generales que se colocan enfrente de la que presentan los archirreaccionarios. Y hasta qué punto no lo serán los silvelistas, lo dice el ataque rudo que el mismo Castelar les dirige, dando la voz de alerta acerca de los peligros que para la libertad entraña la agrupación Pidal-Silvela.

¿Si estaremos los republicanos, como vulgarmente se dice, dejados de la mano de Dios?

De dos males, el menor.

¿Podemos traer la República sin los militares? No; y la prueba es que no la hemos traído, deseándolo tan de veras.

¿Es un bien ó es un mal esto? Quizás sea un mal; pero como la continuación de la monarquía lo es mayor, y entre dos males debe optarse por el más chico, bien venida sería la República, aunque la trajesen los militares.

Claro es que muchos, yo el primero, preferiríamos una implantada por el pueblo, sin compromisos con nadie, enérgicamente revolucionaria, ciega, hasta brutal en sus comienzos; pero si esto no es posible hoy por hoy, ¿vamos á renunciar á la que pudiera venir sin tanto vapor?

La intransigencia es una hermosa cualidad política siempre que no nos acerque á los linderos del ridículo, ó nos impida realizar nuestras aspiraciones. Mas para tener derecho á usarla, preciso es comenzar cada uno por aplicársela á sí propio. ¿Y podemos en justicia ninguno decir que nunca hemos faltado á la ortodoxia democrática? Y en cuanto á procedimientos, todos hemos defendido á ratos el retraimiento y á ratos la lucha legal.

Moralmente, quedamos incapacitados para solicitar en adelante el concurso de ningún militar en bien de la patria. Si al presentarse la ocasión de honrar al ejército en dos de sus individuos, les ponemos la tacha de monárquicos, ¿con qué cara nos presentaremos á pedirles que se subleven contra la monarquía? No lo sé, á menos que nos fundemos en iguales razones que el portugués del cuento: «Castesao; si me sacas del pozo, te perdono la vida.» Es verdad que en este caso los generales contestarían como el castesao, volviéndonos la espalda.

Y harían perfectísimamente.

El buen sentido.

Y mientras nosotros, los republicanos de abo-lengo revolucionario, (porque lo decimos, no porque lo hayamos demostrado), le hacemos asco á la candidatura de los dos generales, un periódico monárquico, *El Nacional*, dice:

«Votar á los generales no es un acto de partido que desvirtúe el retraimiento. Derrotar con ellos á los dos candidatos de la U. C. en que tiene todas sus esperanzas la dinastía, es un acto político de trascendencia excepcional.

Los carlistas y algunos republicanos dicen que mejor querrían ver á esos generales montando á caballo que solicitando votos. Todo se andará, si los designados acaban de romper vínculos de la disciplina;

pero poca confianza podrían inspirar para la batalla en la barricada, quienes se mostraran rehacios y Perezosos para la batalla en los comicios.»

Si después de leer esto, hay republicanos meticulosos que en nombre de la pureza de los principios, de la intransigencia en las ideas, ó cualquiera otra de las rimbombantes frases hechas que guardamos para salir del paso de cualquier modo cuando no podemos hacerlo airoosamente, se niega á votar esa candidatura, habrá que exclamar:

«Aquí no quedan ya más revolucionarios... que los monárquicos.

Claridad y franqueza

Varios republicanos pretendían, para decidirse á votar á los generales, que hicieran previamente declaraciones republicanas, es decir, que diesen pretexto al gobierno para procesarlos, darlos de baja en el ejército y anularlos.

Ya puestos á pedir, y para que se les considerase como apóstoles de las situaciones claras y despejadas, debieron exigirles que enviaran á la prensa una nota fijando el sitio, el día y la hora en que iban á sublevarse, y aun el número de las fuerzas con que contaban, para que el pobre gobierno hubiera podido, con la anticipación debida, tomar las oportunas precauciones.

También ha habido republicanos que se han opuesto á elegirlos, porque prefieren á los generales pronunciando discursos, los montados á caballo.

Yo también, por más que aminore un poco mi entusiasmo el recuerdo de aquel que, con aquellos otros, montó á caballo en Sagunto; pero, vamos, siendo por la República, confieso modestamente que me encantarían.

Mas, para que monten, creo muy perentorio el ponerlos en condiciones de hacerlo, ya inspirándoles confianza, ya honrándoles, ya prescindiendo de historias pasadas. Si los progresistas le hubieran puesto á Serrano la tacha de que los había combatido en Junio del 66, ¿se habría hecho la revolución tan pronto?

Y más, mucho más, si á mirarlo vamos, tienen ellos que olvidar tratándose de nosotros; y lo primero, el que mientras la restauración ha fusilado militares en Santo Domingo de la Calzada, en Gerona y Cartagena por sublevarse en favor de la República, ningún paisano, comenzando por Pí y concluyendo por mi revolucionaria persona, hemos tenido esa honra, un poco fúnebre.

Sin embargo, nada de esto nos echan en cara, comprendiendo sin duda que el jugarse la cabeza, no teniendo más que una, es empresa arriesgadilla y para la cual no todos tenemos los necesarios alientos.

Son más tolerante con nuestras flaquezas que nosotros agradecidos á sus sacrificios.

Honra y dignidad

Leo á menudo estos días que la dignidad y la honra de los republicanos no están en la lucha legal.

Perfectamente; no lo discuto; hasta lo admito. Pero entonces, reconozcamos que están en otra parte: en la barricada, en el monte... Y si allí están, allí es preciso ir á tomarlas.

¿Podemos ir? Nos conviene decir que no. Si afirmamos que sí, van á tener derecho todos los españoles á replicarnos: «¿Pues por qué no vais? ¿Tan en poco tenéis la dignidad y la honra, que podeis vivir sin ellas?»

Y si no podemos realmente, ¿para qué continuar parodiando al Enano de la Venta? Si para el acto de fuerza nos faltan medios ó alientos, ¿por qué no tenemos la honradez de decirlo ó el pudor de ocultarlo?

La Fusión en ridículo.

Por torpeza grande (no quiero creer que por intención torcida) la Fusión republicana ha presentado á última hora dos candidatos en Madrid; candidatos que podrán valer mucho, pero que no tienen el prestigio necesario para arrastrar electores ni talla para representar en Madrid á la Fusión.

Los presentados nada van perdiendo: toman la alternativa de aspirantes á la Diputación, por Madrid nada menos, y aun perdiendo ganan.

No le ocurre á la Fusión lo mismo. ¿Cree el Directorio que puede luchar con probabilidades de éxito? Pues á los carteles los señores Salmerón y Labra, los más caracterizados. ¿No cree que las hay? Pues habría sido más político que hacer pública la impotencia, dejar en los ánimos la duda de si se podría haber triunfado presentándose.

Se ha preferido á todo la vanidad de exhibir candidatos aquí, sin pensar en la rechifla que va á caer sobre nosotros al ver que sacamos un puñado de votos en una capital donde obtuvimos hace pocos años el triunfo por más de 27.000.

La derrota en Madrid, ó el triunfo por chiripa, pueden significar estas tres cosas: ó que la Fusión no tiene partidarios, ó que los individuos del Directorio carecen de prestigio, ó que los defensores del retraimiento están en mayoría. ¿Y qué gana la Fusión con ninguna de las tres?

Oradores, sabios, abogados, catedráticos, literatos, de todo tenemos en el partido republicano. ¡Pero lo que es políticos! ¡Pero lo que es estadistas!... Mal representados nos vemos casi siempre; pero todavía estamos peor dirigidos.

Y no es esto lo peor, sino que nos pasa lo mismo que á los que jugaban con la baraja del tío Quico; estaba matada, sin puntas, llena de grasa; pero había que jugar con ella, ó no jugar. No había otra.

A falta de pan...

Si el retraimiento no sirve para sumar elementos revolucionarios, como lo demostró la difunta Unión (la última ¡ha habido tantas!); si al que no quiere apelar á la fuerza no hay medio de obligarle; si nos faltan hombres de autoridad que arrastren á las masas, y prestigios que atraigan al ejército; si no debemos exigir sacrificios estériles á los que se hallan dispuestos á todo; si ese fusil tan decantado no está en nuestras manos siquiera ¿cómo ha de ser una solución el no votar?

Posible es (casi seguro) que el votar no lo sea tampoco; lo ocurrido en Cortes anteriores nos autoriza á suponerlo. Pero si aquello no puede hacerse ¿por qué no intentar esto?

¿Que nos han engañado muchas veces? Ya lo creo; todas las que hemos votado. Para men- gua, no nuestra, suya, los elegidos antes de ahora han faltado á sus compromisos no haciendo á la monarquía la guerra sin cuartel á que estaban obligados.

Pero si el deber propio hubiera de regularse por la falta ajena, no habría acción censurable sin disculpa; la honradez no dependería de los actos nuestros, si no de los actos de los demás. El que nuestros representantes hayan faltado á su deber, no puede en ningún caso hacernos olvidar del nuestro.

«Haz lo que debes, y resulte lo que quiera». Convendría hacer nuestra esta hermosa máxima en este y en todos los casos, para merecer la nota de partido serio y de porvenir.

El remedio.

Comprendo que los monárquicos hayan apelado á todos los medios para anular la candidatura de los generales, mucho más apoyándola Romero Robledo. ¿Pero los republicanos?

Romero Robledo tiene muchos defectos y ha cometido grandes faltas en política; pero nadie puede con justicia achacarle la que es común á todos los republicanos de algún viso: abandonar en ningún caso la defensa de su causa y no procurar por todos los medios su triunfo. Hubiéramos tenido un par de hombres como él, en lugar de los eminentes y egregios que nos han caído en desgracia, y con seguridad no estaríamos tan pésimamente como estamos.

Pero no se trataba de Romero en este caso, si no de dos jefes superiores del Ejército que se ponían frente á los reaccionarios de que habla Castelar en el notable artículo del que

reproduzco unos párrafos en otro lugar de este número. Y no ya sólo por las personas, por el objeto, se imponía el apoyo á esa candidatura.

No hay más que ver la alegría que hay entre liberales y silvelistas por la retirada del general Segura, suponiendo por esto alejado el peligro que tanto temían, para comprender que debimos ayudarlo.

Muchas torpezas hemos cometido los republicanos, pero como esta, pocas.

¡Y pensar que podríamos remediarlo aún, solamente con prescindir de miserables cuestiones de amor propio! La retirada de los candidatos de la Fusión y la celebración de un gran meeting donde los partidarios de la lucha legal y los del retraimiento nos uniéramos al efecto de votar la candidatura de los generales, manteniendo después cada uno la actitud en que está colocado, darían, no sólo el triunfo á esos dos individuos del ejército, si no una prueba hermosa de que, cuando de actos trascendentales se trata, todos somos unos.

Que es precisamente lo que España no ha visto en los últimos 24 años y lo que desearía ver para poner sus destinos en nuestras manos.

Pero...

¿Cree usted, preguntaba un cura á un paleto, que Cristo vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos?

—Sí; mas ya verá como no viene.

JOSÉ NAKENS

EL PROGRAMA CONSERVADOR

De las tres fracciones en que ha quedado dividida la vieja escuela conservadora, fracción Elduayen, fracción Romero, fracción Silvela-Pidal, las dos primeras mantienen el criterio liberalísimo de Cánovas, pero la última, la más numerosa, la más cercana quizás del Gobierno, lo revoca y contradice con grave detrimento del pueblo. Tres puntos capitales encierra el programa de aquellos que se dicen la unión genuinamente conservadora. Primer punto, las vaguedades regionalistas de Silvela; segundo punto, las fórmulas socialistas nuevas de que uno y otro se muestran muy prendados, acaso por ser este último el dogma capital que los confunde y los identifica. Siempre me ha parecido mal, muy mal, y así con franqueza se lo he dicho, las vaguedades regionalistas de Silvela, rayanas por su derecha con la utopía del carlismo, y rayanas por su izquierda con la utopía del pacto federal sinalagmático. Siempre que se ha presentado alguna ocasión de tratar las legislaciones particulares hispanas, las ha encarecido Silvela; y siempre que se ha tratado de reformas administrativas, ha querido Silvela sustituir á las ya viejas provincias, las más viejas regiones. En este punto yo he preferido siempre, desde que toqué la desorganización traída por las utopías federales á nuestra patria, el organismo de la revolución francesa, copiado y traducido por nuestros liberales progenitores, á esas regiones, independientes casi, donde pondría su trono don Carlos ó su tribuna la Federal, por culpa de los sofistas que parecen ser nuestro castigo, según el daño que quieren inferirnos y que nosotros debemos evitar á una, todos cuantos hemos traído á España y en España organizado los principios salvadores, por progresivos, de las modernas democracias.

Otro de los puntos en que de Silvela disiento y que más de Silvela me apartan es la reforma del Código penal, so pretexto de armonizarlo con los adelantos de la jurisprudencia contemporánea, como si estos adelantos en término postrero, por su carácter fatalista sacado del materialismo contemporáneo, no fuese abominable retroceso que quiere convertir los crímenes en ordinarias enfermedades y gobernar la sociedad por insufrible mecánica. Pero lo que Silvela requiere de la política no es el progreso penal, es todo lo contrario, un maquiavélico acto de arruinar el Código promulgado por la Revolución, á cuya sombra se han puesto por obra y han vivido nuestras libertades. Como en el Código no sean delitos las predicciones republicanas, y la Constitución sea monárquica, Silvela quiere que las predicciones republicanas cesen por completo en los periódicos y en los Congresos, no consintiendo ninguna especie contra el sistema político doctrinario y contra la carta otorgada, sobre cuyas vetusteces hemos puesto nosotros la fecunda vegetación democrática. Y no sabe, no, el ilustre orador que, puestos en pugna el Código político de la Restauración y el Código penal de la democracia, éste concluirá por vencer á la postre, pues en

el mundo las victorias parciales suelen ser de los intereses egoístas y sectarios alguna vez, pero las victorias definitivas y supremas son siempre de los grandes y luminosos principios. Si el partido reaccionario pretende poner en armonía la Constitución y el Código, destruyendo este último, el partido democrático presentará la proposición de poner en armonía el Código fundamental y el Código penal, modificando el primero con arreglo á las tendencias y aspiraciones del espíritu moderno. Lo mejor es no tocar á nada y vivir en este pacto, escrito por los liberales, y por los conservadores observado durante los últimos tiempos. Han prescrito la democracia y la libertad; nadie puede acercarse á malherirlas, sin por completo en su fuego consumirse.

Si me parecen peligrosas las reacciones jurídicas y regionales de Silvela, todavía me parecen más peligrosas las reacciones piadosísimas de Pidal. Este ilustre orador de antiguo pertenece á la escuela ultramontana extremísima, que intenta empujar las sociedades modernas allende la centuria décimotercia y establecerlas inertes, bajo la sombra de un pontificado cenido con tías eclesiásticas y con coronas reales. Para Pidal los reyes filosóficos del pasado siglo, sólo merecen anatemas por innovadores y revolucionarios; los reyes absolutos del siglo decimoséptimo y décimo sexto, sólo merecen anatemas por regalistas y atentadores á la integridad del derecho eclesiástico; este nuestro mundo debe saltar sobre los esplendores paganos del Renacimiento, sobre los grandes Concilios de Basilea y de Constanza, sobre la Reforma luterana y sobre la realeza laica, no retrocediendo en sus vías regresivas hasta topa con un retroceso tan enorme como el pontificado de Inocencio III y el pontificado de Gregorio VII. Lo más penoso y lo más temible que hay en esta grande amenaza de reacción, es el ataque al bien más preciado de nuestra cultura, el ataque á la libertad intelectual y el propósito de volvernos, so color de proteger la enseñanza libre, por caminos tortuosos al dominio absoluto del clero, suprimiendo las universidades y escuelas del Estado. Yo sé muy bien que ninguna de estas retrogradaciones podrá prevalecer después de la filosofía moderna, de la enciclopedia francesa, de la revolución universal, del establecimiento de Italia, de la supresión definitiva del poder temporal de los Papas; pero las temo, temo su exaltación al gobierno, en verdad no porque puedan jamás triunfar, porque pueden traernos á los procelosos términos de una guerra civil angustiosa.

—Emilio Castelar.

Así juzga Castelar, conservador dentro de la República, á la agrupación Silvela-Pidal.

Y nosotros los que nos la echamos de revolucionarios, negamos nuestro apoyo á dos militares que vienen á disputarle el triunfo en Madrid á los candidatos de esa agrupación.

¡Qué contrasentido!

AL DE MI DIÓCESIS

¿Sabes, oh tú el Obispo de los diez millones sacados á pretexto de que el gobierno te cedió un edificio, que *Este cura* se chunga contigo de lo lindo?

Después de declarar en *El País* «que no eres celoso ni obediente á la Santa Sede, cuyos mandatos y recomendaciones no cumples ni haces cumplir; que en tus manos se ha echado á perder esta diócesis; que el clero no te ama, porque no es bien tratado, y en cambio aborrece á las personas que te rodean y te aconsejan los muchos desaciertos que cometes; que todo se ha desorganizado y anda manga por hombro en las iglesias; que eres causa de mil perturbaciones y disgustos; que no sueles hacer limosnas ni mirar por los desgraciados; que el Nuncio te mira con malos ojos y no con mejores la curia romana y la corte de España; y en suma, que no cumples bien tu misión episcopal por falta de dotes, iniciativa, pericia é inteligencia, y que ni has hecho ni harás nada como no sea darte buena vida, ahorrar mucho dinero y pedirselo al gobierno, para conveniencia propia sobre todo; y que cuanto dice lo va á probar, pues le sobran piezas de convicción y no habla por hablar ni promete para no cumplir. Después de declarar todo esto, te aplaude por los buenos propósitos que irónicamente te atribuye para esta cuaresma.

Y digo irónicamente, porque sólo así puede afirmarse, teniendo en cuenta tu conducta desde que llegaste á Madrid, «que todos los viernes vas á socorrer á los pobres con raciones de comestibles propios del día y con algunas ropas, y que á los sacerdotes pobres los socorrerás tú en persona, porque de todos ellos conoces la situación... ó eres autor de ella.»

¡Ja, ja! ¡Es gracioso! ¡dar limosna tú! ¡Al mismo demonio no se le ocurriría lo que se le ha ocurrido á *Este cura*!

COSILLAS

Hemos seguido con atención la interesante polémica que *La Bandera Regional* de Plasencia ha sostenido con un señor Paradis, cura de por allá, y en la que éste ha quedado á la altura de un monaguillo.

La hemos llamado polémica y no es el término propio, porque á las primeras de cambio el curita en cuestión, al ver la clase de enemigo con quien se las había, escurrió el bulto, declarándose impotente para resistir el aluvión de argumentos y hechos que caía sobre su disparatada lógica; pero ya era tarde, porque no faltó quien, para apabullarlo del todo, sacara á relucir la historia del atrevido presbítero, el cual resulta un hombrecillo tan rechoncho de carnes como seco de cultura y vacío de entendimiento, excomulgado por su propio obispo, arrepentido de sus ligerezas pasadas, y dispuesto siempre á hacerse visible por el camino del escándalo mientras no encuentra quien le haga parar los pies, como le ha sucedido ahora con el anónimo colaborador de *La Bandera Regional*.

De buena gana daríamos al público el nombre del autor de los notables artículos publicados en el colega contra la perniciosa doctrina del cura Paradis, si nos creyéramos autorizados para tanto, ya que casi tenemos la certeza de conocerle.

Pero por lo menos no resistimos al placer de enviarle nuestra enhorabuena, por tratarse, á lo que creemos, de un consecuente propagandista, á quien el progreso y la República deben grandes servicios en la región extremeña. ¡Lástima grande que en cada comarca española no hubiera uno como el que, ocultando su nombre, cuyas iniciales son seguramente F. A. (¿verdad que hemos acertado?) ha reñido y ganado tantas batallas por la libertad en aquella tierra.

Hay que fijarse en Filipinas para impedir que de allí vengan recursos para promover la nueva guerra civil.

Por datos auténticos sabemos que á la terminación de la guerra pasada contribuyó en gran parte la quiebra de la causa Roussell Stragis, que era la depositaria de los fondos de los frailes. La quiebra cogió ocho millones á los dominicos.

Por esa casa, y en letras que cobraban en Londres el canónigo Manterola y un título de Castilla, se enviaron á los carlistas de 9 á 10 millones de pesetas; y cuando quebró, pasaron los frailes los fondos á la casa del chino Velasco. Como son muy ricos, gracias á la explotación indígena, se repusieron pronto de las pérdidas.

El orden de riquezas en los frailes, es el siguiente: agustinos, dominicos, recoletos, franciscanos, paules, misioneros con hábitos castaños. Nadie sabe lo que los jesuitas tienen.

Vigilemos, pues, á Filipinas.

Dice un periódico francés que el tribunal de Dordogne ha condenado al cura de Manrac, Carlos Alberto Farges, á siete años de reclusión por haber cometido treinta y siete atentados al pudor en niños que frecuentaban su iglesia.

El casto presbítero, que había sido profesor en otros seminarios pasó luego al de Perigneux donde enseñaba moral.

Y debía conocerla bien, según demuestran esos treinta y tres ejemplos mal recompensados con tan pocos años de pena.

Un cura de Lima predicó un sermón aconsejando el asesinato del Presidente de la República del Perú.

Los curas son los mismos en todas partes; lo que cambia es la policía.

Allí cogió al sotana y lo llevó á la cárcel como á cualquier criminal. Aquí se les trata con todo respeto, cosa que no nos pesaría, si aun se usaran autoridades que hicieran lo que Pedro Crespo hizo respetuosamente con el capitán. Ahorcarlos.

Hay quien sostiene, generales inclusive, que la religión es poderoso auxiliar de la disciplina del soldado. Para que variasen de opinión, bastaría encomendarles un ejército en que hubiese tantos soldados como curas, suprimiendo en absoluto la aplicación del Código militar.

En España sobre todo, un ejército católico, es decir, enemigo de la libertad, sería carlista. Obispos, curas y frailes le harían entender que Dios es antes que los hombres y la harían tirar el ros y calarse la boina.

En una guerra entre don Carlos y Alfonso XIII, éste invocaría á la libertad, aquel á Dios. ¿Y podía un ejército católico vacilar siquiera en irse al lado del que invocaba lo que para él existe más respetable y santo?

Los carlistas tienen una policía mejor organizada y servida que gobierno alguno: el clero y las órdenes religiosas. Ella busca por todos los rincones de la Península á cuantos por sus antecedentes y por su conducta ofrecen motivos de sospecha á la reacción; los vigila constantemente, los persigue en las sombras, los sitia por hambre; se apodera por medio del confesonario hasta de los más recónditos secretos del hogar; lleva y trae órdenes de organización y propaganda; esconde armas y municiones en los conventos é iglesias, ayuda, en fin, al carlismo con toda clase de recursos y por todos los medios.

Vigilemos, pues, á la policía del Chapa, convirtiéndonos cada uno de nosotros en agente secreto... de la libertad.

En El Gaster hay un cura que trae revuelto al vecindario con sus intrigas; hace la causa de Carlos VII y no cesa de provocar conflictos.

El caso es que, según dicen los vecinos, están ya del cura hasta la coronilla, y desean que se lo lleven de allí, aunque sea al infierno.

Soy franco: cada vez entiendo menos á ciertas gentes. Están hartos del cura y lo toleran, teniendo tan á mano el recurso de hacerle marchar con viento fresco cerrando las bolsas.

Que no se quejen á nadie. Aquí lo de tú lo quisiste, tú te lo ten.

Hace cuatro meses que no se paga á las amas de la Inclusa de Jerez ni se abona la miserable cantidad asignada para alimentos á las infelices que sacan huérfanos de aquella casa. En cambio los jesuitas están construyendo una magnífica iglesia, toda de marmol y jaspe.

¡Y todavía se quejan los jerezanos! ¿Si querían tener iglesias todas de marmol y jaspe y bien alimentados á los niños de la Inclusa?

No puede ser: ó lo uno ó lo otro.

La plaga jesuítica que está desolando á Jerez ha invadido ya el Puerto de Santa María.

Hace poco fué despedido el capataz de una bodega, por el delito de haber tomado posesión como concejal liberal de aquel Ayuntamiento; pues, según la dueña de la casa de vinos, el liberalismo está maldito por los jesuitas.

Me parece que ha llegado ya la hora de barrer polilla.

Cuando se trata de jóvenes en disponibilidad y con dinero, las puertas de los conventos, colegios y asilos se abren con facilidad para sputar en ellos á las incautas.

Pero cuando se trata de obras de caridad.... Lean ustedes:

«Ayer llegó á Bilbao una niña de ocho años de edad, para ser llevada por tránsito á su pueblo.

El gobernador civil suplicó á la superiora de Sa

Mamés que recogiera un día á la niña, hasta que se dispusiera su conducción, y se negó á ello.»

¿Se convenceen ustedes ahora de que la caridad no es más que un pretexto para explotar esa gran mina del fanatismo y la candidez?

El Obispo de Barcelona ha publicado su correspondiente pastoral, de la cual resulta que las guerras de Cuba y Filipinas las ha suscitado Dios, «ofendido por las infidelidades pasadas.»

Pues no veo qué bienes nos vienen con tantos obispos, curas, frailes, monjas, jesuitas y demás patulea que padecemos; porque para que vengan los sarracenos y que nos muelan á palos, pues Dios protege á los malos cuando son más que los buenos, podíamos ahorrarnos los millones que nos sacan, ya que sus oraciones ni siquiera sirven para que Dios nos mire con buenos ojos.

Ya que el Altísimo nos reviente, que no nos cueste el dinero; del que no andamos muy sobrados, dicho sea entre paréntesis.

LOS CARLISTAS

¿Quién ganaría en España con el triunfo del carlismo? Nadie, más que la familia proscrita y el centenar de fanáticos que se pusiera á su devoción.

El clero perdería, porque, sobre no poderle conceder más que con la restauración tiene, avivaría el odio del pueblo hacia él, y á la corta ó á la larga traería esto una revolución en que no quedase cabeza de cura sobre los hombros ni piedra sobre piedra en los templos.

El ejército perdería, porque aparte los bandidos que aumentarían sus filas, se le sometería al sistema de purificaciones que arrojaría de él á los honrados, á todos los que lo forman hoy.

La aristocracia perdería, porque el régimen absoluto la considera únicamente en relación á las abdicaciones de dignidad que sus individuos llevan á cabo.

La clase media perdería, porque, falta de libertad para moverse y desarrollarse con arreglo al progreso de los tiempos, acabaría aniquilada por la competencia que en la esfera de la industria y el comercio le hicieran las órdenes religiosas.

Y el pueblo perdería, porque sujeto á un diapason normal de miseria, tendrfa que volver en masa á la degradante sopa ó á buscar en la emigración el pedazo de pan que tiene aún á ratos aquí.

¿Qué más? Las mismas personas ilustradas que por romanticismo tradicional están afiliadas al carlismo, serían las primeras en arrepentirse de haber contribuido á su implantación, las víctimas preferidas por sus partidarios. Recuerden lo que hizo Fernando VII con los que contribuyeron á que recuperase el trono, con los que más ciegameente le sirvieron. Las cárceles y los presidios se llenarían con ellos el día que el miserable á quien llaman rey lo ocupase á su vez. Cuando viera que le era imposible en estos tiempos sostener la transitoria reacción en que hoy se apoya, transigiría para seguir reinando con los liberales que no hubiera fusilado, y exterminaría á los carlistas que no coreasen su evolución.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

En una escuela laica de Mataró recibían enseñanza gratuita algunos hijos de infelices obreras.

Saberlo las piadosas señoras de cierta Asociación benéfica que de vez en cuando socorrían con una miserable limosna á las madres, y retirarles el socorro, todo ha sido uno.

Si esas madres, en vez de llevar á sus hijos á la escuela donde podían instruirse y aprender á ser ciudadanos útiles, los hubiesen dejado vivir en medio de la calle formando parte de esa bohemia que

da su contingente al presidio y á la horca, no hay miedo de que les quitaran la limosna.

Aunque hubieran sido malas madres, las hubieran considerado dignas de su apoyo.

¡Oh, la caridad católica!

Después de recibir en Madrid todo género de ovaciones de la beatería, la superiora de la orden del Sagrado Corazón, sor Digby, ha llegado á Valencia, donde se propone instalar un nuevo colegio.

Ya saben los valencianos tontos á donde han de ir á depositar los cuartos hasta que se digne venir otra vez por ellos sor Digby.

El obispo de Lugo ha mandado anunciar la provisión de cien curatos vacantes en su diócesis.

Falta saber ahora el tiempo que están vacantes para hacer aproximadamente el cálculo de los miles de duros que ha pagado la nación indebidamente y que habrán ido á aumentar el tesoro episcopal.

¡Ay obispo de Lugo, qué bueno es Dios! ¿Verdad?

Si el sátiro negro que anda por la parroquia de Guillarey (Coruña) no cesa en sus trabajos para desavenir á cierto matrimonio, le sentaré la mano antes de que el marido y el vecindario le sienten á él las costuras como merece.

¡Con que ojo!

DISPAROS

Mientras los liberales adulan, miman y sirven á los clericales, hasta el punto de despojar á la nación de VEINTISEIS MILLONES en provecho del obispo de Madrid y de las monjas de Vallecas, los republicanos no pueden abrir la boca, ni mover la pluma, ni dar un paso sin que la suspicacia gubernamental, representada por los fiscales, les suscite obstáculos y persecuciones.

Hace poco los republicanos de Toledo intentaron publicar un manifiesto de unión, sin otro programa que el de apoyar al hombre que fuera el primero en proclamar la República.

Pues bien; esta aspiración ha sido considerada por el fiscal, que no sabemos en qué Código se habrá apoyado, como digna de sus iras, y ha provocado el procesamiento de unos cuantos caracterizados republicanos de Toledo.

No dudamos de su absolución, porque no hay ley en España que castigue la manifestación de las aspiraciones ó deseos de las personas; pero entretanto conste el hecho y el contraste ofrecido por los liberales de pega que están en el poder.

Cuando ellos lo ocupan, ya se sabe: ó por débiles ó por necios, se hacen esclavos de la teocracia y miserables instrumentos de ésta contra todo lo liberal. ¿Qué honor para la familia!

El obispo de Jaén ha concedido cuarenta días de indulgencia á los que asistieron á la misa de *requiem* celebrada por los carlistas fallecidos en Palma.

Si eso sirviera para algo, que no sirve, más falta le haría á los muertos.

Pero el obispo habrá creído que no las necesitaban, por suponer que todos aquellos bandidos están en el infierno, de donde no se puede salir... por la sencilla razón de que no se entra.

Leo que *El Libertador*, periódico carca de Ubeda, publicó un artículo contra el baile de máscaras celebrado en aquella ciudad, y metió la pata.

¿Una pata sola? Entonces no es carlista de pura sangre.

Porque éstos meten siempre las cuatro.

En Avila, Valladolid y otras poblaciones de Castilla, las mujeres recorren hambrientas las calles pidiendo pan y trabajo, y suelen darles cargas de policía.

Aprendan de las monjas de Vallecas; esas sí que lo entienden.

Quietecitas en su convento, sin perturbar las delicias de su holganza, sin armar ruido, consiguen sacar al gobierno DOCE MILLONES, que á su vez se los saca á los que tienen hambre y trabajan y no comen.

El jesuita Sola predicó en Palma de Mallorca hace poco y dijo en resumen que ESTO SE VA.

Bueno; pues ya pueden ustedes ir liando el petate para tomar pronto el camino, por si luego no tienen tiempo de escapar. Porque el día que se vaya esto, se irán también los bigardos como ustedes.

Un sabio acaba de descubrir que los melones son magníficos elementos para una batería eléctrica. Y un periódico, todo admirado, exclama: «Parece imposible que un melón pueda servir para tanto».

Pues apenas he visto yo calabazas haciendo de predicadores y melones ejerciendo de gobernantes, y no me he admirado.

¡Admirarse de eso en un país donde las calabazas y los melones sirven para todo!

Varias veces me pregunto:

«Si hace veintitrés años se hubieran abierto los presidios, y la flor y nata de sus inquilinos se hubiera apoderado del poder, ¿estaríamos peor que hoy?»

Y con el tono enérgico de las convicciones profundas, me respondo en el acto: No.

Los presidiarios, precisamente por haberlo sido, hubieran procurado obrar con honradez, no ya sólo para que nadie les hubiera recordado su origen, sino también por no exponerse á volver al sitio de donde habían salido.

Mientras los hombres que han gobernado, considerándose presidiables, pero sabiendo que no habían de recibir su merecido por el encanallamiento en que hemos caído los españoles, no han encontrado freno ni sentido temor alguno.

Y así han podido tranquilamente arruinar á España, desangrarla y deshonorarla, convirtiendo aquella raza de hombres que sabía morir por una palabra ¡la libertad!, en raza de cacos y mendigos.

En lo único que han demostrado acierto y previsión ha sido en llenarla de frailes y plagarla de curas; ya que ha de morir, que muera santa, cristiana y sucitamente.

A los republicanos que se reunieron en el teatro Cómico para apoyar la candidatura de los señores Segura y Borrero, se les escaparon bastantes majaderías; una de ellas, la de presentar como republicano al primero de esos dos generales. Si realmente lo fuera, que no lo sabemos, ¿debíamos nosotros proclamarlo, quitándole así á la candidatura el carácter de nacional que tenía?

No sé á dónde vamos á parar. Ni aunque estuviéramos todos de acuerdo, los de arriba, los de enmedio y los de abajo para hacerlo mal, no lo podríamos hacer peor.

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

Se han puesto á la venta los folletos siguientes:

Folleto 36.

CRIMENES AL POR MENOR.—ASELINATOS EN VENDRELL.—ROBOS EN CUADRILLA.—FUSILAMIENTOS DE PRISIONEROS EN ALFORJA.—INCENDIOS.—DESTRUCCIÓN DE TRENES.—VOLUNTARIOS INMOLADOS EN BELLMUNT.—TRAPACERÍAS PARA DISCULPAR CRUELDADES.—BANDO SANGUINARIO.—INFAMIAS Y COBARDÍAS ANTE TERUEL.

Folleto 37.

SAQUEOS, INCENDIOS Y ASESINATOS.—HORRORES EN LA SEO DE URGEL.—CRIMENES DEL CABECILLA LOZANO.—MÉDICO MILITAR SACRIFICADO.—INFAMIAS EN GRANOLLERS.—IDEM EN MATARÓ.—ASELINATO DEL CORONEL DIAZ PARREÑO Y VARIOS OFICIALES Y SARGENTOS EN CORNELLÓ.—INCENDIOS, ROBOS, ASESINATOS Y VIOLACIONES EN MOLINS DEL REY.—OTRO MÉDICO MILITAR ASESINADO.—CONCLUYEN LA GUERRA COMO LA EMPEZARON.

Folleto 38.

LA GUERRA PREPARADA ANTES DE LA REVOLUCIÓN.—EL CLERO PRINCIPAL INSTIGADOR.—ÁLDEANOS FANATIZADOS.—IRRELIGIOSIDAD DE LOS CARLISTAS.—CALUMNIAS, INFAMIAS Y CRIMENES.—EMBAUCADORES Y ASESINOS.

Folleto 39.

PRUEBAS IRREFUTABLES DE QUE AL CLERO SE DEBIÓ LA GUERRA.—AUXILIOS QUE LE PRESTABA EL VATICANO.—RECURSOS QUE LE ENVIABA EL ULTRAMONTANISMO EUROPEO.—EL CLERO DESPUÉS DE LA CAMPAÑA.—LO QUE TRABAJA AHORA PARA REANUDARLA.—EL CURA ESPAÑOL AUTÉNTICO.—LOS JESUITAS POR DON CARLOS.—OPINIONES RESPETABLES.—TAN HIPÓCRITAS COMO BANDIDOS.—TAN LATRONES COMO INMORALES.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.